



CAPITULO XVII

BAILÉN Y CINTRA

Grave situación de los franceses en España. — Marcha de Moncey sobre Valencia. — Encuentros. — Da el asalto á la ciudad: es rechazado. — Levantamiento de Portugal. — Ríndese la escuadra francesa en Cádiz. — Situación de Dupont. — Envíale Savary refuerzos. — Castaños y el ejército español de Andalucía. — Atrocidades francesas y españolas. — Zaragoza y el Bruch. — Refuézase á Bessieres. — Error de Napoleon. — Napoleon y Savary. — Qué es lo que debía ser la guerra francesa en España. — Graves errores estratégicos de Napoleon. — Entrada de José en España. — Nota en seguida su aislamiento. — Aspecto de los pueblos. — Comunicaselo todo á su hermano: 12 de Julio de 1808. — Situación de José en España. — No le hacen caso los generales franceses. — Loables propósitos de José. — Batalla de Róseco. — Derrota Bessieres á Cuesta y Blake. — Ilusiones de Napoleon sobre esta batalla. — Cree ya pacificada España. — Entrada de José en Burgos. — Temores de Savary. — Ordena una reconcentración sobre Madrid. — Desautorízale Napoleon. — Cómo juzgaba Napoleon la situación de España: nota de 21 de Julio de 1808. — Persiste en su optimismo. — Es causa del desastre de Bailén. — Ríndese Dupont el mismo día 21 de Julio. — Antecedentes. — Evacúa á Córdoba: 18 de Julio. — Retírase á Andújar. — La posición de Andújar. — Estado del ejército de Dupont. — Sus fuerzas. — Fuerzas de Castaños. — Avanzan Reding y Compigny. — Combate de Mengibar. — Reding es rechazado. — Nuevo avance de Reding. — Arrolla á los franceses. — Nuevo combate de Mengibar. — Azoramiento de los franceses. — Marchas y contramarchas del general Vedel. — Ocupa Reding á Bailén. — Levanta Dupont el campamento de Andújar. — Marcha Dupont contra Reding. — El 19 de Julio: ataca Dupont á Reding. — Recházale Reding. — Apurada situación de Dupont. — Llega el general Castaños. — Pide Dupont capitular. — Concédase el armisticio. — Llega Vedel y ataca á los españoles. — Ordénale Dupont que respete el armisticio. — Escapa Vedel. — Exige Castaños que se rinda como los demás. — Fírmase la capitulación. — Ríndense 20.000 soldados del grande ejército. — Condiciones de la capitulación. — Viólense en seguida. — Quejas de Dupont. — Contestación de Morla: 10 de Agosto de 1808. — Llega José á Madrid: 20 de Julio. — Mentiras del *Moniteur* sobre su viaje triunfal. — Cartas desesperadas de José á su hermano. — Pronosticale que *su gloria sucumbirá en España*: 22 y 24 de Julio. — Avisale Napoleon que Rusia autoriza lo hecho en España. — Situación y disposiciones del clero español: cartas de José del 26 y 27 de Julio. — Napoleon reprende á José. — Aprueba los robos de Caulaincourt. — Furor de Napoleon al saber la marcha retrógrada de Dupont. — Entérase de su capitulación el 2 de Agosto. — Resuelve perder á Dupont. — Consecuencias del desastre de Bailén. — Evacúan la franceses el Mediodía. — Abandona José á Madrid: 29 de Julio. — Verdier levanta el sitio de Zaragoza. — Llega el mariscal Jourdan. — Concentráse el ejército francés entre Bilbao y Tudela. — Situación de Junot en Portugal. — Desembarcan los ingleses: mándales Wellesley (Wellington). — No se le quiso dejar desembarcar en Coruña. — Derrota Wellesley á los franceses en Roliça: 15 de Agosto. — Avanza Wellesley al encuentro de Junot. — Combate de Vimeiro. — Derrota Wellesley á Junot: 21 de Agosto. — Cómo escapó Junot á una destrucción completa. — Burrard y Wellesley. — La Convención de Cintra: 30 de Agosto. — Queda la escuadra rusa en poder de los ingleses. — Evacúa Junot á Portugal. — Indignación de Inglaterra y España por la Convención. — Comparecen los generales ingleses delante un Consejo de guerra. — Cómo escapó el ejército de la Romana de Fionia. — Situación de los franceses en España. — Rudo golpe dado á la gloria de Napoleon.

DURANTE las tres semanas consagradas á esos preparativos de reinado, la situación del ejército francés no había hecho mas que agravarse. Los refuerzos más próximos de que

podía Napoleon echar mano estaban en el Rhin ó en el Elba, excepción hecha de algunos viejos regimientos que habían ya regresado á Francia y que se vió obligado á diseminar de uno y otro lado,

cuando las fuerzas de la insurrección aumentaban cada día.

En el Este, el mariscal Moncey, á quien Napoleón había intimado que marchara á toda costa sobre Valencia, había llegado delante de los muros de esta plaza en los últimos días de Junio, no sin tener que librar durante su marcha varios sangrientos combates. A consecuencia de un asalto en el que perdió trescientos hombres, tuvo que reconocer la imposibilidad de apoderarse de Valencia, y regresó á Cuenca en medio de grandes peligros.

En el Oeste, había la insurrección española guardado sus posesiones, pero se habían hecho aún más fuertes, á consecuencia de un gravísimo suceso: Portugal entero se había levantado contra Junot, quien, lejos de poder enviar á Bessieres y á Dupont los destacamentos prescritos por Napoleón, se mantuvo con gran riesgo en los puntos hasta entonces ocupados.

En el Mediodía la escuadra francesa de Cádiz, después de haber esperado en vano la anunciada aparición de Dupont, tuvo que rendirse á los insurgentes.

Dupont mismo veía amenazadas sus comunicaciones con Sierra Morena, que sentía comprometido en Córdoba por el ejército de Castaños, que le tenía en jaque sobre su derecha hacia Sevilla, y por el ejército de Granada, que marchaba por su izquierda hacia Jaén, habiendo retrogradado hasta Andújar. En este punto se encontraba cubierto por el Guadalquivir y adosado á la salida de los desfiladeros de Sierra Morena. Conforme á la orden de Napoleón, Savary le envió, para reforzarle, la división Vedel que había estado hasta entonces en una posición intermedia en Toledo; pero ese socorro, útil para el sostenimiento de sus comunicaciones, estaba lejos de poner á Dupont en estado de volver á tomar la ofensiva.

Era el ejército español de Andalucía, de todos los ejércitos españoles, no sólo el más numeroso, el mejor disciplinado y el más terrible en razón del número de tropas regulares que contenía, sino que era también el que estaba dotado de más ardientes pasiones. Los franceses en su retirada de Córdoba á Andújar, habían visto con horror, por el aspecto de los cadáveres mutilados de sus camaradas, que tenían que habérselas con un enemigo que no entendía pedir ni dar cuartel. En Italia, en Alemania, no se habían encontrado nunca mal á causa del saqueo de las ciudades; eso parecía producir una impresión saludable en el habitante, y como sus instintos de desorden y pillaje encontraban su cuen-

ta, aprovechábanse del primer pretexto para entregarse á él. En Lübeck, habían bastado algunas partidas de fugitivos que atravesaron la ciudad sin permiso de sus habitantes, para que esto fuera señal para una inmensa devastación. A menudo bastaba que de una casa saliera un tiro. Pero por esto los alemanes no dejaban de hacer buena acogida á los soldados, quienes, por otra parte, se sabían hacer perdonar por la negligente ligereza que llevaban en el desorden como en todo... Pero el español, más susceptible que el germano, tomaba á mal esas amables bromas. A consecuencia del saqueo de Córdoba, se dieron en asesinar regularmente á todos los soldados aislados que caían en su poder. Algunas veces los ahorcaban con inauditos refinamientos de crueldad que tenían por objeto impresionar de una manera desagradable la imaginación de los invasores y que produjeron, en suma, una sensación de las más penosas. Al regresar á Andújar el cuerpo de Dupont, había perdido ya una gran parte de esta confianza que tan necesaria es, la moral del soldado.

Los refuerzos insuficientes de que Napoleón podía disponer habían sido dirigidos en parte á Zaragoza, en donde el general Verdier acababa de tomar la dirección del sitio,—1.º de Julio,—parte á Cataluña, en donde Duhesme acosado por las partidas insurgentes que habían batido á los franceses en el Bruch y Esparraguera habíase visto obligado á llamar á Chabran que estaba en Tarragona. El resto de sus refuerzos lo destinaba á Bessieres, quien, puesto en Burgos con fuerzas considerables, estaba encargado de mantener en respeto á los insurgentes de Galicia, de Asturias, de León y de Castilla la Vieja, que mandaba siempre el viejo Cuesta auxiliado ahora por Blake.

Según el plan de Napoleón era ahora el cuerpo de Bessieres el que debía dar el golpe decisivo de la campaña. Es á Bessieres á quien reservaba el honor de conseguir una nueva victoria de Jena española; todas las otras operaciones, hasta las de Dupont y Moncey, eran secundarias. Era en las llanuras de Castilla la Vieja en donde se encontraba, según él, el nudo de la situación militar; una vez cortado ese nudo, todas las otras defensas de España caían por sí mismas. Era en este punto, tan completa la ilusión de Napoleón, que se presenta con una claridad que nada deja que desear, ora en sus cartas á José, ora en las notas por demás circunstanciadas que enviaba á Savary. Son para Bessieres todos los refuerzos disponibles, pues es él quien cubre á Madrid «y allí» con él está todo. ¿Y si Du-



SITIO DE ZARAGOZA

pont sufre un contratiempo? «esto no tendrá consecuencias; en cambio el golpe dado por el mariscal Bessieres, será un golpe dado en el corazón del ejército y que dará el tétanos.»

Savary á quien su presencia en el país le permitía tener ideas más sanas que su amo, pues es necesario hacer esta justicia á Savary, tomó por su cuenta enviar un nuevo refuerzo á Dupont, la división Gobert, que aquél reclamaba con urgencia, al saberlo Napoleon le respondió agriamente: «Dupont, —le dijo,—tiene más fuerzas de las que necesita.» Es á Bessieres á quien se debía enviar la división Gobert: «Me enfada, —escribía Napoleon á José el 13 de Julio,—que Savary no haya comprendido la falta que ha cometido no reforzando á Bessieres...» «Es á este mariscal á quien había yo destinado la división Gobert.» Y luégo en la nota anteriormente citada venía esta observación que traduce de una manera más clara su pensamiento: «La verdadera manera de reforzar á Dupont, es enviar tropas á Bessieres...»

Que Napoleon estaba en esto radicalmente en falso, esto iban á probarlo los menos con una terrible lección; pero no es superfluo mostrar cómo y por qué se equivocaba. Cometía ese gran capitán aquí un error análogo á aquel de que tan á menudo se había oído él mismo, cuando un adversario suyo se quejaba de que «no le había batido según las reglas.» También él aplicaba ahora á los españoles la rutina política y militar que tanto le había servido en esas viejas monarquías tan centralizadas de Europa, sin que de ello se diera cuenta se encontraba ahora en presencia de nuevas circunstancias, de modo que ni los hombres ni las cosas se parecían en nada á lo que hasta aquí había tenido que combatir. En Jena era posible contra una monarquía militar porque las tropas regulares, que constituyen la fuerza de un tal estado, siendo por naturaleza incapaces de reconstituirse por sí mismos, una vez fueron estas tropas vencidas ó dispersadas, el Estado se encontraba sin defensa. Pero esa palabra no tenía sentido cuando se trataba de fuerzas reclutadas por la insurrección, primero porque éstas, siendo todas voluntarias, se reformaban espontáneamente después de una batalla, y luégo porque cada ejército no representaba otra fuerza que la suya, ya que en España había tantos ejércitos como provincias.

La incredulidad con que Napoleon negaba la fuerza y seriedad del levantamiento español, era hija de ilusiones de otro género, mejor era efecto de la constitución de su espíritu. Siempre todo cálculo, no

podía comprender ese fanatismo salvaje y desinteresado, este exceso de locura heroica que se había apoderado de toda una nación. Había en ello un fenómeno moral que estaba por encima de su comprensión. Que desgraciados quintos reclutados á fuerza de gendarmes, se hicieran matar por un galón, por una cruz, por un grado, por esta falsa moneda de la gloria, esto no sólo le parecía una cosa natural, sino un hecho normal como el curso de las estaciones; pero que pobres campesinos, que inofensivos burgueses, sin verse á ello obligados, sin estar pagados para ello, se hicieran matar por su patria, por la libertad *cette vieille blague* «este antiguo embuste,» como decía la soldadesca imperial, en esto había algo que era superior á su imaginación; esto era un cuento capaz de matar por lo fastidioso. Y sin embargo, había visto el movimiento del año 92, pero esto ya era para él de la antigüedad más remota, y España, ¡era tan poco revolucionaria!

No era un error menos singular figurarse que teniendo á Madrid ya se tenía todo. Cuando se hubo tomado á Berlín, se fué dueño de Prusia; cuando se hubo tomado á Viena, se fué dueño de Austria; esto era poco más ó menos verdad. Pero cuando se hubo tomado á Madrid, todo lo más se había conquistado la superficie que ocupaba la capital de España. En este país gracias á su fuerte constitución provincial, el centro estaba en todas partes y en ninguna. No se debía, pues, pensar en grandes golpes de efecto dados en un punto único, pues ese punto no existía: y el ejército de Cuesta no era la cabeza del levantamiento, como no era Madrid su corazón. Toda esta fantasmagoría de grandes efectos militares estaba aquí fuera de su sitio, y sin posible aplicación; no se sometía en definitiva mas que á aquella á quienes remataba, y como lo escribía el mismo José un mes más tarde, «hubieran necesitado cien mil cadalsos en permanencia para mantener el príncipe condenado á reinar sobre los españoles.»

Cualquiera que sea la fuerza de la preocupación establecida en favor de la maravillosa penetración del genio de Napoleon, está como obligado á convenir que esos tan notorios caracteres de la insurrección española le escaparon totalmente, y esto á pesar de los hechos, á pesar de las más claras y positivas noticias. No principió á abrir los ojos sino cuando vió á su ejército arrojado al otro lado del Ebro.

José había entrado en España el día 9 de Julio de 1808. A contar de este momento el emperador recibía diariamente, de un testigo que ciertamente no tenía interés en disfrazarle la verdad, los avi-

